

Análisis clasista: luchas y antagonismo

Una provocación necesaria

por **María Maneiro**¹

Gómez, Marcelo

El regreso de las clases. Clase, acción colectiva y movimientos sociales

Buenos Aires, Biblos, 2014, 308 pp.

ISBN 978-987-691-258-7

El regreso de las clases es un gran libro de teoría sociológica. La sociología de nuestro país, pese a que su génesis está ligada –también– a la investigación teórica, no nos tiene acostumbrados a este tipo de producciones académicas. Este trabajo propone una construcción teórica original y ambiciosa para un problema de enorme relevancia: revisita tanto las teorías del conflicto y la acción colectiva como las teorías de las clases y los poderes clasistas con el objeto de construir, con una ancla fuerte en Pierre Bourdieu y en Michel Savage, un “análisis clasista dinámico”.

El primer capítulo constituye una profunda revisión teórica. Este comprende un acercamiento a las teorías clásicas de las clases (Marx y Weber), una aproximación a los marxistas posteriores a Marx, a los weberianos y a los

¹ Investigadora del CONICET con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, de la Universidad de Buenos Aires. Profesora en la Maestría de Estudios Latinoamericanos, de la Universidad Nacional de San Martín.

teóricos de los nuevos movimientos sociales, a la teoría de la movilización de recursos y a los procesos de enmarcamiento. Gómez demuestra un gran conocimiento de esta literatura, y este conocimiento se traduce en una fluida y precisa descripción de cada corriente.

Su rastreo del proyecto de los padres fundadores es sucinto, pero acierta en los puntos centrales. La exploración de la ambivalencia entre el estatus de la lucha y de las estructuras en Marx si bien es clásico, aquí presenta aristas novedosas e interesantes, y su crítica al weberianismo por la ausencia del conflicto es demoledora. Sin embargo, algunas afirmaciones del autor merecen revisarse; su calificativo de “presocial” respecto a las formas de explicación causal del marxismo y el weberianismo tienen una gran potencia retórica pero, según creo, carecen de adecuación, pues ni al autor ni a sus lectores se le puede pasar desapercibida la génesis social del mercado y de la producción. Esta es, seguramente, una de las afirmaciones más arriesgadas y más controvertidas del texto.

Dentro de esta misma empresa exploradora, el autor trabaja con lo que llama la “teoría posclásica” y en este *racconto*, luego de pasar por los marxistas posteriores a Marx, llega a Bourdieu y Savage, sus principales soportes analíticos. Resulta algo desconcertante que Gómez, que basa todo su trabajo en el antagonismo, se asiente en ellos luego de afirmar que “tienden a menoscabar conceptual y temáticamente la cuestión del conflicto y la lucha” o a decir que “la relacionalidad posclásica en estas teorías tiende a desantagonizarse y a expresarse como distancia social multidimensionalizada entre formas de vida homogéneas” (p. 77). Afirmaciones de este tipo, en referencia a otros autores, hubieran sido el fundamento para desechar el enfoque sin más atención, sin embargo, no solo los retoma, sino que logra reencauzarlos en un abordaje sólido. Posteriormente, ingresa en las teorías de la acción colectiva realizando un correcto trabajo de descripción y mapeo de estas producciones teóricas; por trabajos previos ya sabíamos que Gómez era un especialista en estas corrientes, sin embargo, considero que su rastreo aquí resulta algo desligado del trabajo en su conjunto. Critica a la escuela de los nuevos movimientos sociales por su obsesión desenclasante, su enfoque estructuralista, su obstinación identitaria; la exploración no sirve de soporte a su planteo, sino para la justificación de su desuso, por ello resulta sorprendente su inclusión dentro del libro; para citar un ejemplo, pienso que, tal vez, podría haber sido sugestivo retomar la noción de antagonismo de Touraine, mencionada en este apartado (p. 103) pero luego olvidada en el desarrollo posterior. El autor, sin embargo, y a pesar de alegar que la teoría de la movilización de recursos contiene “fundamentos potencialmente desclasantes”, afirma que esta “ayuda a encontrar un nuevo continente a explorar por el análisis clasista” y aunque en las

últimas páginas revisa en forma crítica diversos aspectos de esta matriz analítica, su propia noción de estrategia –fundamental en su propuesta– le rinde tributo implícito; cabe decir, para terminar con los comentarios de este capítulo, que resulta llamativo el eclipse de la noción de recurso en todo el resto del libro, noción que –evidentemente– se encuentra emparentada con la resignificación del concepto de capital y de poder causal que luego ha de proponer.

El segundo capítulo del libro se inserta en un polo de la clásica dualidad entre estructura y acción para proponer un “análisis clasista dinámico”. Con este objeto Gómez presenta cuatro dispositivos que sugiere abandonar: el dispositivo estructura-distribución; el dispositivo posición-acción; el dispositivo posición objetiva-conciencia subjetiva y el dispositivo reproductivista-homogeneizador. En referencia al primero, se distancia de los enfoques espacialistas y distribucionistas de las clases, con el segundo propone salir de los prismas que vinculan de forma mecánica la posición y la acción –proponiendo la mediación del *habitus*–, con el tercero sugiere abandonar la propia idea de la existencia de una conciencia de clase verdadera –entendiendo que la propia veracidad de esta es producto de luchas y disputas– y en referencia al cuarto nos invita entender que las clases se constituyen por el antagonismo y la lucha y no por la proximidad y la semejanza. Articuladamente con el planteo del abandono de los dispositivos previos, en este capítulo se propone un enfoque relacional y se ingresa en el “problema del antagonismo y las clases” entablando un debate *tête a tête* con Ernesto Laclau. Si bien el autor reconoce que el enfoque de Laclau ha reinstalado adecuadamente la centralidad del antagonismo como objeto de reflexión, la propuesta de Gómez se aparta significativamente de su planteo, puesto que critica su nivel de abstracción, la “discursivización” del antagonismo y su desclasamiento.

Luego de la deconstrucción de este andamiaje, en el tercer capítulo, el autor entra de lleno en su planteo presentando el esquema conceptual del análisis clasista. El interrogante que articula el capítulo es cuál es la especificidad de los antagonismos de clase. Para ello, se los repiensa a partir de tres tipos de relaciones distintas: la explotación, la opresión y la subordinación. Asimismo, propone que estas tres modalidades se lean bajo el lente de la dependencia, la reciprocidad y la simetría. El autor presenta las características específicas de estas relaciones antagónicas: la opresión se basa en el tener o no tener, la subordinación en el tener y no hacer y la explotación en el tener y el hacer. Es así como lo propio de esta última relación de antagonismo es que interviene el hacer. La capacidad organizadora del autor merece una atención especial, pues sus tipologías permiten que nociones de gran nivel de abstracción se tornen

herramientas intermedias para su uso en las investigaciones empíricas. Cabe decir, asimismo, que Gómez no se queda solo en la caracterización y distinción de cada una de estas relaciones antagónicas, sino que luego de precisarlas afirma que en la realidad social existen posibles y frecuentes combinaciones que, sin embargo, resultan inteligibles a partir del esquema sugerido.

Dentro de este mismo capítulo, el autor presenta la dinámica de los poderes causales clasistas. Toda relación antagónica, dirá Gómez, se dirime entre reducir o aumentar la asimetría; la reciprocidad y la interdependencia (p. 168). Los poderes causales son los recursos con los que se puede intervenir en estos tres atributos mencionados. El concepto de poder causal que construye el autor está vinculado a la noción de capital de Bourdieu, entendiéndolo como todo aquello que pueda entrar en apuestas, sin embargo considerando que este concepto presenta una defectuosa hipertrofia (p. 175), Gómez retomando a Savage, propone el de poder causal. Luego de esta precisión, el autor reanuda la distinción de Cainzos entre los tipos de poderes por el grado de independencia del contexto de ejercicio. Así diferencia los poderes monádicos de los posicionales y organizacionales. El último ítem del capítulo aborda sucintamente el relevante y poco abordado tema de las instancias de mediación y activación de los poderes causales.

En el capítulo final, Gómez aborda la conversión de capitales desde un anclaje individual y colectivo. Este capítulo resulta de interés, ya que evidencia uno de los nudos centrales del enfoque dinámico que propone y se manifiesta como una propuesta amplia para el estudio de la movilidad social. Luego de una revisión detallada de la conversión entre diversos tipos de capitales a escala individual, el autor logra arribar a la conclusión de que la propensión a la conversión de los diferentes tipos de capitales hacia el capital económico no obedece a ningún privilegio ontológico ni a imperativos estructurales, sino a los atributos estratégicos que, producto de las luchas y de las estrategias de los oponentes, ha asumido este tipo de capital y el derecho que lo regula (p. 233).

Posteriormente, en este capítulo final, Gómez ingresa en la cuestión de la colectivización de los poderes causales. Este apartado vuelve espiraladamente a los interrogantes iniciales del libro pero luego de haber presentado su propio enfoque. Según afirma, la acción colectiva se presenta como un poder causal fuertemente enraizado en las clases populares (p. 238), contrariamente a las clases medias que son reacias a este tipo de acción (p. 240). Resulta llamativo que el autor, luego de su valiosa argumentación en torno a que los grupos sociales no se caracterizan por sus costumbres en común, describa a las clases a partir de una pauta enraizada, lo que nos inserta dentro de la homogeneización de los

comportamientos de clase. Sin embargo, estas afirmaciones no suponen una salida de su marco analítico, él mismo diría que estas pautas no son sino resultado de luchas pretéritas que les dieron sentido, arraigo e institución.

Posteriormente, Gómez entra en la exploración de las clases medias y los dilemas de su colectivización retomando la investigación empírica que se vincula a este libro y que fue el objeto de su tesis doctoral. Seguidamente, en este capítulo, se desarrollan los tres estadios de la autocolectivización, reponiendo aspectos clásicos de la sociología y la génesis de las instituciones políticas. Es sorprendente que en este ítem no se retomen aspectos del primer capítulo, sobre todo cuando se aborda la construcción del nosotros y de la identidad (p. 252) y los aspectos que influyen en el pasaje de una fase a otra, que se enlazan a la estructura de las oportunidades políticas. El autor termina el capítulo precisando los alcances del poder colectivo de clase, en su diferenciación entre poder sistémico, institucional y situacional.

Como se puede vislumbrar en esta breve reseña el trabajo es admirable por su erudición y creatividad. No exagero si digo que considero que es un libro necesario. No obstante, me parece que la revisión de la escuela de los nuevos movimientos sociales y la teoría de la movilización de recursos no logró reincluirse en el proyecto general, ¿pero hoy en día quién escribiría este libro sin mencionarlas?

Quienes trabajamos con los procesos de lucha de las diversas clases necesitábamos una nueva provocación que nos convoque a repensar las articulaciones entre las teorías de las clases, las luchas y el antagonismo y, más allá de acuerdos o desacuerdos puntuales, el trabajo tiene la enorme virtud de reinstalar esta intersección y reponer a las clases en un lugar de reflexión imprescindible. He aquí una gran apuesta y un gran resultado.

Recibido: 1/6/2015

Aceptado: 3/7/2015

